



**FRANTZ FANON:**  
**Política y poética del sujeto poscolonial**





CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA



FRANTZ FANON:  
Política y poética del sujeto poscolonial

*Alejandro J. De Oto*



EL COLEGIO DE MÉXICO

325.3  
Ot884f

Oto, Alejandro José de  
Frantz Fanon : política y poética del sujeto  
poscolonial / Alejandro J. de Oto. -- México : El Colegio  
de México, Centro de Estudios de Asia y África, 2003.  
232 p. : 21 cm.

ISBN 968-12-1120-0

1. Fanon, Frantz, 1925-1961 -- Influencia. 2. Fanon,  
Frantz, 1925-1961 -- Puntos de vista político y social.  
3. Colonias -- África. 4. Identidad de grupo -- África.

Diseño de portada: Irma Eugenia Alva Valencia

Primera edición, 2003

D.R. © El Colegio de México, A.C.  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D. F.  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 968-12-01120-0

Impreso en México

## ÍNDICE

Agradecimientos	9
Prólogo	13
Introducción	17
Sobre los “usos” de Fanon	17
Entre Fanon y nosotros	20
Leyendo a Fanon. Algunas derivas	24
Sobre diversidades y divergencias	33
I. Fanon y algunos ambientes de la historicidad.	
Los primeros desplazamientos	35
Espacios de historicidad	36
II. La escritura y las urgencias. Sobre éticas y escrituras.	
Lecturas	47
III. Historias de la ambivalencia	103
Rutas sartreanas, estrategias fanonianas	123
IV. Historicidad y contingencia	133
V. Contingencia, identidad[es] y alienación: el desafío de los espectros	163
Impulsos, agencia y sujetos: una trama inconclusa	172
VI. Memoria, olvido y sujeto	195
A modo de conclusión	209
Frantz Fanon: una nota biográfica	217
Trabajos de Frantz Fanon	221
Bibliografía	223



## AGRADECIMIENTOS

Cuando se hace una lista para agradecer la ayuda de varias personas en la confección de un trabajo como este, siempre queda la posibilidad de que alguien puede haber quedado afuera de ella. Este caso no es una excepción.

Hecha esta advertencia y sin que lo siguiente implique una jerarquía, solamente una disposición cronológica, quiero agradecer a Hilda Varela, del Centro de Estudios de Asia y África (CEAA), que durante tres años fuera mi consejera y escucha atenta acerca de las zonas más riesgosas de mi trabajo, que me ayudó a volver a los temas de los que quiero hablar y que hoy sea una buena amiga. Romer Cornejo, del CEAA también, porque con su amistad aprendí que las cosas de la academia (de la que ambos somos practicantes) pueden manifestarse de una manera que en nada se parece a los acostumbrados discursos, como es la risa, para hacer el mejor y más complejo comentario sobre mi texto. Lo cual implicó, una vez pasada la risa, que tuviera jornadas de trabajo provechosas.

Con Benjamín Preciado me une el respeto mutuo y la admiración por su trabajo. En los momentos en que los descansos de este manuscrito indicaban otras lecturas, los escritos de Benjamín sobre la India fueron sumamente inspiradores.

No es fácil traducir en escritura la aventura de estudiar en un lugar liminar como el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México. Tal vez una de las características de la imposibilidad de traducción a la que aludo en algunos pasajes de mi texto pueda ejemplificarse acabadamente

con esta experiencia. De manera cierta puedo afirmar que investigar y estudiar allí ha sido el viaje intelectual más poderoso que he experimentado. Celma Agüero, Flora Botton, Jorge Silva, Susana Devalle, entre otros, son parte ineludible de mi viaje y transformación personal.

Guillermo Zermeño, historiador, del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, fue y es una de mis referencias intelectuales centrales. El contacto con su obra ha sido la fuente de inspiración para muchas ideas desplegadas en este texto.

En otras geografías pero con el mismo impulso recibí el apoyo de distintas personas. A todas ellas quiero agradecerles. A John Noyes, de University of Cape Town quien asumió el riesgo de mi presentación con los temas de este estudio en *African Series Seminar* de dicha Universidad en Ciudad del Cabo. A George Landow quien aceptó ser mi contacto académico para que pudiera pasar casi un año en Brown University preparando el manuscrito y exponiéndolo en distintas audiencias.

Quiero hacer una mención especial al profesor Lemuel Johnson, de Ann Arbor. Con él tuve la oportunidad, años antes de este trabajo, de llevar un seminario sobre literatura africana. Luego, más tarde, fue el lector externo de mi trabajo de doctorado. En escasas dos veces que nos encontramos pude darme cuenta de la enorme capacidad humana e intelectual de Lemuel. La lectura de sus libros ya me había advertido de esto. Su muerte, injusta como todas, fue un golpe inesperado más allá de las distancias transcontinentales que nos separaban. Sin embargo, su memoria habita los mejores momentos de este estudio. Recuerdo un encuentro con él en 1998 en Ann Arbor para trabajar sobre el manuscrito. Fueron tan iluminadores sus comentarios que temo no haber podido estar a la altura. El espacio dejado con su partida está ahora habitado por nuestra memoria y su dulce recuerdo.



Marcelo Eckhardt de la Universidad de la Patagonia, Argentina, es otra de las personas a las que quiero agradecer. Su amistad y el contacto permanente con su literatura hicieron posible que mis ojos se abrieran a experiencias estéticas y políticas que tienen más de un punto en común con los trabajos de Fanon, Césaire, Depestre, entre otros. Cuando hablamos de las experiencias coloniales y de resistencia es notable cuán cerca aquello que parece distante se encuentra.

Horacio González, sociólogo de la Universidad de Buenos Aires, resistió con hidalguía casi cinco días de comentarios y de lecturas en mi casa, en México. Con Horacio discutimos algunos argumentos sobre la cultura nacional, la crítica poscolonial, la necesidad de releer a Sartre, etc. Su increíble erudición, su crítica amable y a la vez profunda me permitió cambiar algunas cosas de este trabajo, estoy seguro que cuando lea la versión final mantendremos una amistosa disidencia. No es fácil encontrar una amistad y una crítica de esta naturaleza. A él y a Liliana Herrero, su compañera, mi más fuerte cariño.

Esteban Vernik es un compañero de aventuras intelectuales y de vida. Quiero agradecerle los años de amistad y el tiempo de discusión sobre los itinerarios de este libro.

Los retos intelectuales que pusieron en juego mis alumnos de Trelew y de Comodoro Rivadavia de la carrera de historia (curso 2002) de la Universidad de la Patagonia durante las etapas finales de revisión del manuscrito fueron la razón para que cambiara algunos pasajes. Ellos son la señal más clara de que hay mucho por escribir aún.

También quiero agradecer a Gabriela Lara de El Colegio de México, quien con su consejo amable y eficiente trabajo despejó mis dudas y mi desconocimiento sobre la edición de libros.

Gracias al apoyo de la Fundación Antorchas he podido terminar la investigación y la redacción del manuscrito.

Un párrafo aparte merece el personal de la biblioteca Cosío Villegas de El Colegio de México. Gracias a ellos pude en-

contrar el material para mi investigación que de otro modo hubiera sido imposible hallar.

En estos párrafos finales agradezco a mis padres, José Alberto y Providencia Esther, y a mi hermano José Alberto, siempre han sido una fuente de inspiración y amor que excede de lejos estas páginas.

Por último quiero dedicar este trabajo a Iván y Milton, los hijos de dos de mis más queridos amigos, Marcelo Eckhardt y Esteban Vernik. Ellos llegaron recientemente a un mundo riesgoso, donde las cosas se resuelven con frecuencia con intolerancia, violencia y cinismo. La guerra en Irak es el horrible ejemplo de ello. Un mundo que nos coloca en la encrucijada de urgencias vitales, políticas y morales que se parecen asombrosamente a las de Frantz Fanon. Y más allá, que sea un mundo que ha cambiado desde aquella experiencia hasta hoy, que reclama por un presente y un futuro mejor, debate con las mismas cosas de entonces, o con la misma intensidad, y está, a su vez, habitado por el mismo sentido de supervivencia. Iván y Milton no saben aún que eso ocurre, pero su presencia es el aviso de que nuestra búsqueda de diálogos, de hogar, de comprensión, de tolerancia y de afecto es posible.



## PRÓLOGO

En medio del alud de papel impreso que invade nuestra cultura, Italo Calvino recomienda el retorno a los “clásicos”. La cuestión es cómo regresar a ellos, pues toda lectura está impregnada por la historicidad del mismo acto de leer. “Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir”, nos dice Calvino. La importancia de entrar en contacto con un clásico es que permite relacionarnos a la vez que distanciarnos de él.<sup>1</sup> Uno de estos clásicos de la literatura sociológica y antropológica moderna es Frantz Fanon. Indudablemente su obra sigue siendo un filón para comprender la naturaleza del colonialismo en la era de la modernidad científica y tecnológica.

Para acercarse a los clásicos, sin embargo, se recomienda marcar la distancia que separa a la actualidad del lector de las obras del pasado. Toda lectura es un acto productor de sentido. No asumirlo contradiría precisamente el fundamento del alegato crítico de Fanon inspirado en el movimiento fenomenológico que estimuló también a Sartre, esto es, la apertura a la historicidad radical del sujeto como de la obra misma.

Fanon se distingue esencialmente de otras obras porque evita caer en una defensa a ultranza del sujeto colonial que no rebasa el protocolo de las buenas intenciones. La radicalidad de su pensamiento consiste en asumir el principio de historicidad que rodea tanto al colonizador como al colonizado. Su

<sup>1</sup> Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, tr. Aurora Bernárdez, México, Tusquets, 1994.

escritura está sellada por ello con los trazos de la temporalidad. Es constitutiva de la historia que traza sobre el colonialismo moderno y sus trastornos en la piel y cuerpos de los colonizados, pero también en la sociedad de los colonizadores.

Desde que Fanon publicó su última obra en 1961 ha habido acontecimientos que han transformado la faz de la Tierra y, en consecuencia, han afectado la producción crítica intelectual. El *apartheid* sudafricano desapareció. Argelia ya no es la que antes era. Sartre no está más con nosotros. Muchas de las guerras de liberación se malograron, otras triunfaron. Pero sobre todo la Unión Soviética dejó de existir. En medio de estos desplazamientos parece dibujarse un abismo que nos separa de la experiencia histórica conformada durante el periodo de la denominada “guerra fría”.

Lo anterior no quiere decir que no puedan tenderse puentes entre las dos orillas que nos separan. Quedan afortunadamente los “originales” para poder reanudar el diálogo del presente con su pasado. En ese sentido la obra de Fanon se constituye en el archivo que le permite a Alejandro De Oto trazar sus propias huellas sobre la memoria poscolonial. Realiza su trayecto con la intención de traicionar lo menos posible a los “originales” pero sin caer en la ingenuidad de pensar que éstos se le ofrecen a su mirada de manera inmediata. Por esa razón dedica una buena parte de su indagación a analizar los usos de las obras de Fanon. Al igual que Calvino, De Oto asume que toda obra llega a nosotros “trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado lo más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres”.<sup>2</sup>

Así, las pistas dejadas por la escritura de Fanon se transforman en este libro en el archivo de una memoria orientada al rescate del pensamiento crítico durante el periodo posco-

<sup>2</sup> Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, p. 15.

lonial. Es verdad también que en estas aproximaciones no pueden soslayarse los desplazamientos recientes habidos en la geopolítica mundial. Empero, sin tener que adentrarnos en el cúmulo de las peripecias de este proceso sabemos que sobre sus márgenes sobrevive la trama discursiva del colonialismo moderno. Es exactamente en ese tejido que Fanon efectuó en su momento una incisión para tratar de curar el cuerpo enfermo representado tanto por África como por Europa, pero también por América Latina.

A la obra de Fanon le siguió una pléyade de escritores y pensadores, de críticos y comentaristas. De ello se nos da cuenta prolijamente en este trabajo, sólo para proseguir el diálogo con la obra de Fanon a partir de sus zonas de indeterminación, hecho desde nuestro presente. Tomando en cuenta esta distancia, Alejandro De Oto se pregunta acerca de lo que todavía hay de rescatable en el autor de *Los condenados de la tierra* frente a las urgencias éticas y políticas de nuestra actualidad. De un hecho fundamental se nos advierte en este trabajo que quizá por su obviedad pasó desapercibido por muchos de sus críticos: la relación entre el sujeto que escribe y el sujeto de la escritura. En torno a la escritura se juega actualmente buena parte de la crítica cultural contemporánea. El historiador y antropólogo Michel de Certeau destacó no hace mucho que su tema de estudio era en realidad la “oralidad” lo cual no deja de sorprender tratándose de un “escritor”. La paradoja consiste en que la “oralidad” o los gestos de los rostros torturados, famélicos o neurotizados, no se entienden sin considerar los “tres o cuatro siglos de trabajo occidental” tejidos alrededor de la escritura.<sup>3</sup>

*Frantz Fanon: política y poética del sujeto poscolonial es un texto que ante todo busca hacer justicia a su título: bellamente escrito y exigente. A través de su recorrido su lectura nos trans-*

<sup>3</sup> Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano, I. Artes de hacer*, tr. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 145-165.

mite la sensación de estar en el flujo del agua de un río. Quizás por esa razón la lectura de la obra de Fanon por De Oto enfatice no sus enunciados “esencialistas”, propios de su presente, sino sus rasgos éticos contenidos en su estrategia narrativa. Su autor lo ve, siguiendo a Adorno, como una forma posible de “responder a la monstruosidad de ciertos proyectos históricos, culturales y sociales” inscritos en el colonialismo moderno. En vez de situarse en el ángulo prescriptivo de los discursos, De Oto prefiere el de sus zonas de incertidumbre. Así el Fanon de De Oto se revela a sí mismo al emprender su propio viaje por la escritura del sujeto alienado —potencialmente revolucionario en la medida que queda enmarcado por las guerras de liberación nacional de las décadas de 1950 y 1960. El desafío de esta nueva lectura de Fanon consiste entonces en explicarnos por qué la transformación de la situación política y cultural de “los condenados de la tierra” no coincide necesariamente con la modificación del dispositivo epistemológico productor del saber. En esa encrucijada se sitúan las reflexiones de Alejandro De Oto sobre la escritura en general y sus funciones éticas y políticas enmarcadas por la crítica poscolonial.

GUILLERMO ZERMEÑO